

A

ANIMAL
ANIMA
ALMA
AMA
MAMÁ
MANADA
NADA
ANDA
HADA
ODA
IDA
IRA
TIRA
CHILLA
BRINCA
GRITA

¡AHÍ,
ALLÍ,
AQUÍ!

No se que hago aquí, mis patas me trajeron.

Respiro, me estremezco, todo parece oscuro, pero un atisbo de luz entra por las ranuras de aquella piel fina, blanca y casi muerta. Me encuentro habitando un espacio desconocido y aún así tengo la certeza de estar a salvo, en casa. Veo mis manos hilando momentos que construyen y conforman otros cuerpos. Engranajes de esta máquina reanimada que presiente, siente y en ocasiones, posterga los adioses.

Entre las suaves plumas puedo comprobar que estamos hechos de historias, de encuentros, de las caricias que recibimos y los besos que no nos dimos. Somos los gigantes del mundo y desde lo alto del castillo vamos tejiendo nuestra realidad. Una visión que nos sostiene y nos devuelve información acerca de quiénes somos y cuáles son nuestros deseos y miedos más profundos.

A la vez nos cazamos unos a otros con miel, seda e incienso para sentir el poder de creación y saber lo que seríamos capaces de hacer si no estuviésemos en este hormiguero de cuerdos locos creando para la reina arte. En ocasiones prefiero no saber, no decir. Lo increíble lo escribo en las tinieblas.

De repente... luz, claridad y siento cómo caen sobre mí tus larvas. Resbalan sobre mis escamas húmedas y las acojo, pues no me hieren. Ya no tengo heridas abiertas, me las cosí con el cantar de tu aliento. Esa saliva me ayudó a salir de esta madriguera. Con tu gesto y tus silencios podría comenzar a crear mi futuro, un traje nuevo y un hogar.

Gracias a ti me construyo cada día. Me desatrapo de las leyendas y mitos que habitan en este estómago lleno de hambre por descubrir que habrá después. Por eso, aúllo a la muerte en las noches heladoras para recibir respuestas a través de las cartas. Aunque siempre dejo espacio para la incertidumbre que tanto me atrapa entre sus garras.

Desde la distancia compruebo que en el suelo reposa la huella de lo que otros sintieron antes que yo. Puedo verme reflejada en sus fluidos. La crisálida que me rodea pica mucho y quiero salir. Mis entrañas se arman de valor y muestro algo salvaje al resto de criaturas antes de que todo acabe.

Sin embargo, siempre me acabo llevando un regalo para deleitarme el viaje: conexiones invisibles que alimentan estos órganos sedientos de identidad, simbología, poesía, miradas y experiencias sagradas.

Gracias animales, por reabrir mis ojos y sentidos a un más allá que cada vez parece estar más cerca. Aunque quizás solo sea un espejismo dentro de este infierno dorado lleno de nubes y arena.

Por esa razón me deslizo, dejando caer mi cuerpo vivo.

Por que la única certeza que tengo es que...

A algún lugar llegaremos.

Janire Echebarria de Dios